

Diego José Abad, poeta universal

Benjamín FERNÁNDEZ VALENZUELA (†) *

Muy distinguidos maestros, señoras y señores,
noble juventud estudiosa:

1. *Anteloquio*. “*La hermosura, por sí sola, atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen, y como a señuelo gustoso se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros*” (Quij. II,22). Así sentencia lapidariamente Cervantes.

Soslayando de propósito la poesía castellana de Diego José Abad, ya tan lustrosamente tratada por don Joaquín Antonio Peñalosa, cómo quisiéramos hoy por hoy, acercarnos, encendidos por esta luz del apotegma cervantino, a la epopeya latina de Diego José Abad, universal en su vocación y en su evocación, en su contenido y en su forma, en su ambición

* Benjamín Fernández Valenzuela nació en Morelia, Michoacán, en 1936. Muy joven, casi adolescente, ingresó al Seminario Conciliar, donde se distinguió por su amor a los estudios clásicos, a tal grado que ya a los 17 años vertía al español a Horacio y a Juvenal. De ese entonces proceden las traducciones de estos autores, que lo revelan como profundo conocedor del latín y buen versificador castellano. Años más tarde, cuando cumplía los veintidós, en 1958, entusiasmado por la obra y la vida de Diego José Abad, procedió a traducir los cantos IX y XVII de su magistral poema, cuya belleza y profundidad le entusiasmaron tanto, que decidió traducirlo en su integridad.

En busca de más amplias facilidades de estudio, y después de haberse ordenado sacerdote, marchó a los Estados Unidos, en donde, al amparo de las autoridades de la Catedral de San Patricio, en Nueva York, consagróse al estudio y análisis de los autores de lengua latina, a la lectura cuidadosa de sus obras, y a reflexionar en torno de la poesía novohispana. Contó para ello con el auxilio de The Hispanic Society of America, de la Biblioteca de la Universidad de Columbia y de la Pública de Nueva York, así como de la Annunciation Church. Cuatro años de estudio intenso en las mejores bibliotecas estadounidenses, los cuales alternó con el ejercicio pastoral, le sirvieron para

de gloria y en su intención de universalidad, cuando celebramos el segundo centenario de los años de su gloria que, deben ser, al fin de cuenta, gloria nuestra.

No es nuestro deseo hacer una exhaución analítica del *Poema heroico*, ni tampoco una síntesis de su pensamiento; porque la poesía ni se analiza ni se sintetiza. Es agua manantial fresca y pura, como la de los mineros de Aganipe, donde, como dice Abad, "*griegos y romanos bebieron la poesía*" (I, 39-40). Las gotas del rocío de la mañana no son la síntesis del llanto de la Aurora, sino que todas y cada una son de por sí una luciente exposición de su belleza íntima, con todos los colores de la luz, que acepta los matices de las flores donde aquéllas se aposentan y de la grama donde gentilmente se recuestan.

terminar la versión latina del poema, el cual anotó profusa e inteligentemente, pues todas sus notas son modelo de dominio de los dos idiomas y de profundo saber histórico-literario. Posteriormente se consagró a la redacción del prólogo.

Vuelto a la Patria, fue encargado de misiones religiosas en Morelia, y más tarde se le encomendó el cuidado parroquial de pequeña y abandonada capilla, la de Nuestra Señora de Lourdes, la cual, con el mismo amor que dedicó a la obra de Abad, reconstruyó, de acuerdo con diseños suyos, ajustados a la arquitectura vallisoletana, convirtiéndola en preciada joyita.

Su trabajo sobre el poeta de Jiquilpan mereció el patrocinio de la Universidad Nacional, quien dispuso su publicación dentro de la *Nueva Biblioteca Mexicana*, lo cual se hizo en 1974. Al año siguiente inició la versión española de la *Biblioteca Mexicana* de Eguilar y Eguren. Cuidadoso pastor, cumplía esmeradamente su misión, y en modesto estudio que era a la vez su recámara y salita, en donde recibía a pocos y contados amigos, trabajó incansablemente. En agraz, cuando de él esperábamos obras igualmente importantes, perdió la vida, víctima de la maldad humana, en el año de 1983.

Poco tiempo antes la Universidad Nacional le editó bella plaquette con algunos de sus poemas, pues era tan exigente de su obra que, si no la creía perfecta, la destruía.

En el volumen *Cultura clásica y cultura mexicana*, de la serie Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos, se publicó interesante artículo suyo referente a Virgilio. Poco antes de su muerte, a solicitud de los editores de *Nonatellus*, Benjamín Fernández envió el texto de una conferencia sobre Diego José Abad, que había pronunciado dentro de un ciclo dedicado a la literatura colonial mexicana. El retraso que sufrieron los primeros números de este anuario había impedido publicarlo antes; ahora se hace, como un sencillo homenaje a su memoria. Descanse en paz el sabio y noble amigo, con quien proyectábamos obras más vastas.

(Ernesto de la TORRE VILLAR)

Por tanto, sólo pretendemos dar corambre y golosina a los lectores, para que en este festín de la hermosura hallen manjar de sustancia y, en él, deleite y regusto perdurables.

Pero no seremos partícipes de este festín, si no lo vemos ni lo conocemos, si no entramos a él como quien se allega a un vergel de frutos exquisitos y a un jardín ameno, o se acerca a un banquete repuesto donde todo sabe a luz. Diego José Abad, poco a poco, a través de los tiempos, sabrá llamar y colocar junto a sí a quienes buscaron su obra, y para rastrarla se abatieron como “águilas reales” o como “pájaros altaneros”.

“Señuelo gustoso” de hermosura es el *Poema heroico* de Diego José Abad, ante quien hoy nos ensalzamos y nos abatimos, fortuitamente recordando aquel verso noble del poeta inglés, John Keats, nacido seis años después de la muerte de Abad:

A thing of beauty is a joy for ever.

Una cosa labrada con belleza es una alegría que perdura para siempre (Endymion, I).

Para acortar el paso y ensanchar el espíritu en pos de esta belleza, podríamos alentarnos con la palabra tan cercana de San Juan de la Cruz:

A zaga de tu huella,

.....

do mana el agua pura;

entremos más adentro en la espesura.

2. *Vocación poética.* Modernos eruditos muy respetables aseguran que la teoría sobre el origen divino de la poesía es un tema medioeval, y esto es tan cierto como que en el medioevo se cultivaban las matemáticas. A la verdad, esta teoría es tan antigua como la gran poesía verbalmente escrita. Los poetas universales, desde la más remota antigüedad, consideraron que no sin una fuerza divina podían, no sólo acabar, pero ni siquiera emprender una gran acción de la palabra, como la máxima acción del hombre, y así, por antonomasia, la llamaron los griegos *Acción*, que en su lengua se dice *Póiesis*, y en la

adopción de la nuestra, *Poesía*. Por eso, con esta convicción proclama Ovidio:

*Est Deus in nobis; agitante calescimus illo.
Dios está en nosotros; con su movimiento nos enardecemos*
(Fast. VI,5).

Y en el Arte de Amar, más explícitamente reitera:

*Est Deus in nobis, sunt et commercia caeli:
sedibus aetheriis spiritus ille venit.
Está Dios en nosotros, son intercambios de cielo:
aquel espíritu viene de las etéreas sedes* (Art.III,549).

Si todo esto y mucho más conocía Abad, no podemos dudar del gran influjo que en su *Poema* debió ejercer Fray Luis de León, ya que nos consta que Abad era también frayluisiano. Su *Poema* contiene una versión parafrástica de Fray Luis (I, 31-44), y por lo menos unas diez referencias muy claras (III,83;129; V,38; 70; XIV,94;97; XV,49; XVI,65, XX,13; XXIII,86).

Podemos decir que los primeros cuarenta y cuatro versos del *Poema* abadiano son una exposición de la teoría poética del poema espléndidamente prosado de Fray Luis, llamado *De los Nombres de Cristo*:

*La poesía corrompe, porque sin duda la inspiró Dios en los
ánimos de los hombres, para con el movimiento y spiritu della
levantarlos al cielo, de donde ella procede; porque poesía no es
sino una comunicación del aliento celestial y divino... (Cap.
"Monte").*

Esta teoría frayluisiana, suscita la "Invocación", parafraseada sobre la del mismo Fray Luis, necesaria en toda epopeya universal:

*Tú me asistes, ¡oh Dios!, cuya es toda la sabiduría. Desde tu
solio manda tú mismo los rayos de tu resplandor a mi alma, y
benigno, alumbrame la inteligencia con tu misma claridad, para
que ella me dé favor y trabaje conmigo... Imprime tu virtud*

a mi canto, para que como llovizna en la hierba, como las gotas de la noche en la grama, baje mi voz a los oídos que me escuchan... (I, 30 y ss.).

Esta invocación nos da una idea precisa de la convicción de Abad en su vocación de poeta universal. Él, políglota, matemático, filósofo, teólogo, geógrafo, médico, sabedor de todas las ciencias, según dice Fabri, "*como si a sola una de ellas se aplicase*" (Ver Poema Heroico, pág. 91), sabe que arrostra la empresa de subir a la cumbre suprema de todas ellas con una acción cimera, la *Acción* griega, la *Póiesis*, la *Poesía*. Y en esto sigue Abad la tesis grecolatina: "*maius opus*", la mayor empresa (Aen.VII, 45), que, a su vez, adopta Cervantes. Mencionamos la influencia del "*Manco sano y afamado todo*", porque Abad hace en su *Poema* una paráfrasis del *Quijote* (Abad XLI,51-81), y hay por lo menos unas siete comparaciones cervantinas en el *Poema* (XII,8; XVI,58; XVIII,327; XXII,110; 116; XXX,39; XLIII,124).

La Poesía, señor Hidalgo, sostiene Cervantes, a mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad, y en todo extremo hermosa, a quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella (Quij.II,16).

Y en el *Licenciado Vidriera* confirma:

Preguntóle otro estudiante que en qué estimación tenía a los poetas. Respondió que a la ciencia, en mucha... que admiraba y reverenciaba la ciencia de la Poesía, porque encerraba en sí todas las demás ciencias, porque de todas se sirve, de todas se adorna, y pule y saca a luz sus maravillosas obras, con que llena el mundo de provecho, de deleite y de maravilla (Op. cit.).

En *La Gitanilla* Cervantes sustenta que la Poesía es una "*filosofía que la alcanzan pocos*" (Id.).

Con estos antecedentes, después de haber elaborado las alabanzas de todas las ciencias, en las que Abad era maestro

consumado, como coronamiento y remate feliz de todas ellas, pone la ciencia de la Poesía, a la que enciende el más bello elogio que jamás haya balbucido la lengua de los hombres:

Ya sola tú me restas por decir, sola tú, madre de la hermosura, sola tú, poética criatura, parto generoso del cielo... Por dondequiera que vas, unges tu paso de perfumes suavísimos. Caminas con majestad y gentileza, y tu pie se adelanta con cadencias de música. La Historia, tu hermana y compañera, criada contigo a los divinos pechos, mientras vacila en dirigir sus pasos por camino cierto, te mira con asombro, y sigue con amor tu vuelo. Sola tú sabes perpetuar el recuerdo y la gloria de los hombres; pues eres más duradera que los mármoles de Paros y que los bronces más sólidos. Eneas, Aquiles, ¿qué serían sin ti? La imagen inasible de una sombra. Tú eres la música del alma, y sola tú eres poderosa de restaurar y consolar y dar alivio al quebranto del hombre. Peregrina de la tierra, no haces aquí vivienda ni reposo; viajera repentina, vienes y huyes. No podemos seguir los aires de tu vuelo, ni tomarte de la mano, si tú misma no nos muestras la sonrisa de tu cara y, volviéndote a nosotros, no nos llueves tu contento y la lluvia serena de tu divina luz. Finalmente, ciudadana del cielo, tú te otorgas a Dios en alabanza que no cesa. Tus labios esparcen la música del aire, y tus dedos convidan la canción del laúd" (XVIII,824-345).

3. *El poeta de la tierra.* No puede pensarse en un poeta universal que no sea un ardoroso cantor de la tierra, porque ésta no es nada más el espacio físico donde reposa el hombre, sino el hontanar donde sus ojos aprenden a beber los colores, a mirar el día y contemplar la noche, a saborear el susurro del viento y el canto del monte y de las olas, a gustar el deleite de su preñez riquísima de bestias, aves y pescados y de flores y frutas de donde la vista se apacienta y el paladar saborea y los estómagos se nutren; y en suma, es la tierra el lugar donde el hombre conoce la angustia y el dolor, el gozo y la alegría, el llanto y la risa, el amor y la gloria de sí mismo y de todas las cosas, y donde finalmente tiene, a su muerte, el temporal reposo de su carne. No sin razón los poetas antiguos, y Abad con ellos, la llamaron Madre. En este tema, Diego José Abad supera a todos, a Homero y Virgilio, a Ovidio y a Horacio, a Dante y Cervantes, pues para ninguno, como para

Abad, según más adelante veremos, la tierra es necesariamente, en razón del hombre, un objeto de eterna glorificación.

Con qué caluroso aliento Abad enaltece su voz para cantar la polifónica sonoridad de la tierra:

La tierra, en la abundancia de su preñez riquísima, abre por doquiera la risa de su contento, y brota céspedes y hierbas y bosques de verdura. Las flores, ataviadas de luces diferentes, en noble cortejo, se menean con esplendor y garbo, y despiden en torno muy dulces aromas, y con liberalidad derraman sus preciosos perfumes. Con agobio de gravidez se doblan las espigas y llaman a voces al segador y su hoz, y solicitan la hospitalidad de la troje. Con crecida preñez de mosto pide el lagar la uva. Y las olivas pingües despiertan la pereza del molino. Las frutas ya maduras, vencidas de su peso, se vienen de los altos árboles, arrimando a los ojos cuanta fina dulzura allegan y juntan en sí, y llaman el gusto con muchedumbre de fragancias y colores. Si alguna fruta el pájaro furtivamente pica, con ello él mismo me señala y avisa cuál es mejor para cortarla.

Voluntariamente interromperemos la soberana palabra del poeta nuestro, para indicar la razón antropológica y antropocéntrica de la glorificación eterna de la Tierra. Y así concluye él:

Por otra parte, cuanto con dulce voz el ave canta, para mí lo canta; pues, aparte de mí, son todas las cosas sordas al canto de las aves (VI,114-129).

Mas, en una verdadera justa poética en la que Abad pretendía ganar la palma sobre griegos y romanos (Abad, I,40), contiene con el mismo Virgilio, cantor enamorado de la tierra itálica, en el propio suelo Virgiliano, y con las mismas armas de hermosura. Si consultamos las *Geórgicas* (II, 136-176), veremos quién gana la prez, si el itálico Mantuano, bien aposentado en Roma, o el Mexicano desterrado y muy mal acomodado no lejos de Mantua:

Pero bien me acuerdo haber morado en otra tierra, donde los nublados no anohecen el cielo de los días invernales, donde la nieve, si acaso ha caído, fue asombroso regocijo de los mu-

chachos y los niños, y de la noche a la mañana se evaporó con tibieza; no congeló sus frios, ni osó encaramar a la cima de los altos montes la cresta de su rígida soberbia. Y con todo, aquella tierra es aventadamente más dichosa que ésta. No sólo encierra en su generoso seno cuanto produce este suelo, y dándolo a luz lo mejora, sino más todavía: no menos de veinte suertes de frutas, que acá no son conocidas siquiera de nombre, de diferentes y exquisitos sabores fabricadas y de notable grandeza, que de sólo mirarlas llaman el gusto, aquella tierra alimenta y cría de su seno como madre riquísima (Abad, XV,12-25).

4. *El poeta del hombre.* El ser humano, por sí solo, es un cantar, y quien no lo entiende ni lo escucha, tiene un espíritu mudo y sordo o, de otra manera, no tiene espíritu, sino que está muerto para sí y para todos. No sin causa los bien llamados y bienamados renacentistas entendieron que la cultura es el hombre, y que el hombre por sí solo es la cultura, el ameno cultivo de una perfección relativa, en la referencia de sí mismo y en relación con todo el universo. Él es el microcosmos que resume en sí toda la macrología del cosmos, porque tienen anhelos infinitos su dolor y su amor, su alegría y su angustia, su pena y su muerte, y sus ansias de inmortalidad. Quizá por esta razón les llamaron "humanistas".

Diego José Abad es un hombre, que, voluntaria o subconscientemente, se define a sí mismo como "inescrutable", a tal grado, que su corazón

reúne su silencio, sepulta en sí propio su misterio, y por un camino bilingüe viaja la voz de su duda (XIX,20 y ss.).

Es indubitable que Abad, como los grandes poetas, al sentirse a sí mismo, pueda sentir y cantar al Hombre.

No hay sentimiento humano que por la pluma de Abad no destile su esencia más pura, y ninguno frente al cual el hombre no responda con el mayor estremecimiento del alma, como la angustia, el pavor y el dolor del corazón. Cómo vibra la lira de Abad al compás del alma de los hombres de todos los tiempos:

La vida es el mar; la muerte, el litoral adonde vamos. Hacemos sendero por las olas, por entre los conflictos y amargura de las aguas. En medio de vicisitudes y peligros innúmeros, apenas alcanzamos huelgo. Padecemos agobio de tormentas; asomamos de una; nos sepultamos en otra. Y sufrimos la cólera del viento, que mitiga su enojo para luego azotarnos con doblados denuevos. No hay día cabal que sople con aires de blanduras, ni que no despierte las cóleras insomnes de las aguas. Si algún descanso da buenas esperanzas de sí, nos vuelve luego las espaldas, huye como la sombra, llevándose consigo nuestros suspiros y esperanzas, para volver tarde o nunca. Navegamos asidos a los bordes de una tabla inválida. No hay otra coraza contra los golpes del mar que nuestros pechos desnudos; no somos dueños de holgar. Endurecer el corazón y mantenerse impávido como el monte de Marpes, a pesar de los bravos arrebatos de las olas, como pregonan los filósofos, no es posible; ésas son palabras ingrávidas, elocuencias vacías. Nuestros males ahondan y escarban el alma. No hay entrañas de hierro, ni corazón de mármol, ni almas de bronce (XVI,40-59).

Pero si Abad es poeta del dolor y de la angustia, es también cantor exquisito del amor. Quizá el pasaje más expositivo sea la paráfrasis del *Cantar de los Cantares*, y no por serlo debe mirarse con menor aprecio, sino muy al contrario; pues en el *Cantar* encuentra nuestro poeta las ideas que mejor puedan concertar el más hermoso poema latino que se haya escrito jamás sobre el amor, injertando así, como en todo su *Poema*, en el tronco de la poesía virgiliana y homérica, la sensibilidad poética mexicana y la poesía hebrea; y esto es lo que se constituye en el *Poema* de Abad como un milagro creador:

Como eres además hermosa, amiga mía, y bella sin falta y agradada. Eres amena y ensoñadora. Tus labios son como cinticas de grana o como listeles de púrpura. Tus dientes son una procesión y liturgia blanca de corderos, y llevan el aseo de la fuente. Tu boca tiene fino sabor de leche, y tus labios destilan más sabrosas mieles que los néctares de la colmena y que los licores del Hible. Por la vereda que huellas espiras aromas de olibano y algalia. Jamás hubo huerto que criase de su seno una planta más bella. Te alzas con garbo de una palma. Tu cuello es cimero y parece un alminar de marfil, según es blanco y lindo. Con uno solo de tus cabellos anudaste mi corazón, y con una

mirada me dañaste de amor y sin remedio. Desaparta ya de mí tus ojos, quítalos de mí, que me enamoran y enajenan (XL,82-97).

Los grandes poetas universales del hombre han cantado la angustia, el dolor y la muerte, y todos, con dejo nostálgico, han solemnizado una ambición de gloria, tan indefinible como inalcanzable. Homero y Virgilio anhelan y señalan, pero no logran definir la gloria del hombre. Horacio nos dice únicamente que su gloria es más duradera que los broncees más sólidos (Carm. III, 30, 1 y ss.), pero sus odas a Sestio, a Leconoe y a Póstumo (Carm. I,4; I,2; II,14) nos entregan la más hermosa tristeza del alma. Dante, con sublime lamento, nos arraiga en el alma, vívidamente vividas, las dos ciudades del dolor. Pero cuando pretende acercarnos al país de la gloria, sus fuerzas desfallecen, y nos deja en el umbral del pórtico más anhelado por el hombre. El inmortal Lucrecio se muere de tristeza. Cervantes, tan humano como él mismo, en su poema épico llamado *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, sin conseguir la gloria de su héroe, abate las alas, como un águila real, en el pastoril silencio de su nido:

*Iba el vencido y asendereado don Quijote pensativo
además... Causaba su tristeza el vencimiento...* (Quij. II,71).

Y en este poema épico se cifra, finalmente, la verdadera angustia de la poesía heroica de todos los tiempos, que siempre ansió salir a un campo más pacífico y ameno:

Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último fin, especialmente las vidas de los hombres... (Quij. II,74).

Corresponde a Abad el mérito de romper este cerco, en medio de la angustia, del ansia, del dolor, del amor y del gozo, cuando pide un valor sobrehumano para entonar un poema en una tesitura diferente:

*Incute carminibus vim tu his...
Imprime tu poder a mi canto...* (I,40).

Y cuando él mismo se amerita como cantor de la gloria del hombre:

*Yo más quisiera ya emplearme en los cielos, y hablar,
no con la plática de los hombres, sino con aquella
voz sobrada con que los coros aligeros van en pos
del Esposo y del Cordero, diciéndole mil bienes al
son de las cítaras del cielo...*

La consecuencia de su "argumento tan inefable y desmedido, que desalienta los humanos bríos", nos la da el mismo Abad:

*Darás a los oídos del amor lo que dictaron los
labios del amor (XL,1 y ss.).*

5. *El poeta del Ser.* Para decir lo que es el *Poema heroico* de Diego José Abad, poco haríamos aclamándolo como el poema del hombre, de la divinidad y del universo, aunque todo eso es, y con más numerosos títulos puede acreditarse. Pero para intentar contener en una palabra la verdadera esencia del *Poema heroico*, sería oportuno considerarlo como el poema del Ser. De otra manera, no podríamos colocarnos en la adecuada visualidad, ni de su altura suprema, ni de su profundidad insondable, ni de su extensión universal. Esta es la razón máxima del poema abadiano, sin que por ello queden otras muchas excluidas.

Las fuentes primordiales del *Poema heroico* tenemos de encontrarlas en San Pablo, cuando nos da la doctrina de que Dios quiso "*recapitular todas las cosas*" en un hombre, Jesús, "*e instaurar en él todo lo que existe en el cielo y en la tierra*" (Ef. 1,10).

Esta doctrina apostólica, los teólogos cristianos la hallan, como quien da con la piedra filosofal, en consonancia y acuerdo con las *ideas* platónicas, pero, sobre todo, con la filosofía peripatética, en la tesis indispensable y fundamental de la *unicidad del Ser*. Los escolásticos defendieron esta posición, entre ellos, el Doctor Angélico, el Maestro de las Sentencias, el Doctor Sutil, el Doctor Eximio, y en tiempos más allegados a

nosotros, los reformadores mexicanos Abad, Campoy, Alegre y Clavijero.

El Ser es "unívoco", esto quiere decir, con toda la imprecisión filosófica que este momento pide, que todos los seres se llaman con una sola voz a la cual deben acudir, por un llamamiento inexcusable, soberano y eterno.

Es importante subrayar que el Ser puede ser denominado por el filósofo; pero convidado puede ser únicamente por el poeta.

Diego José Abad, apurado escolástico de la cepa más pura, es además, según hemos dicho, probadamente frayluisiano. Si al *Poema heroico* quisiéramos encontrarle su "módulo", como dicen los arquitectos, o su "ratio", como dicen los filósofos latinos, "ratio", que bien podría traducirse por aquel verso de Góngora: "*El designio, la fábrica y el modo*" (Sol. I), no los hallaríamos más al propósito que en esa estrofa de la oda de Fray Luis a Felipe Ruis de la Torre y Mota:

*Allí, a mi vida junto,
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.*

Y si quisiéramos apurar más la síntesis, nos ceñiríamos a dos palabras: "*distinto y junto*". Esta es la gran teoría frayluisiana y el teorema poético de Diego José Abad. El milagro creador del poema abadiano radica, no en el simple hecho de que cante, por ejemplo, "*la blancura tierna del día cuando nace de las cunas del alba*" (II,92), o el concierto de las aves que con "*su canto bañaban en gozo y en dulzura la braveza del aire sometido a la soberanía de sus alas*" (VIII,64); sino en el proceso mediante el cual, después de haber ido entonando el canto de todas las cosas, las hace con-vivir, con-sonar y con-sentir con el glorificado espíritu del hombre, por él y para él. Esta es la luminosa teoría poética frayluisiana de lo "*distinto y junto*", condicionada a enlazarse en la costura del alma misma del poeta: "*allí, a mi vida junto*"; pero, a la vez, situado el poeta

en posesión y posición de gloria, “en luz resplandeciente convertido”, para cantar todo “lo que es y lo que ha sido”, en la profunda raíz y en la suprema fronda de “su principio propio y escondido”.

No nos adentraremos más aún en el alma de Abad, si no reposamos con él un poco en la teoría frayluisiana de lo “distinto y junto”, o como también dice Luis, “la universidad de las cosas”, que es un ideal que sobrepasa las fronteras de la univocidad del Ser aristotélico, para llegar al reino de la conciencia vital y anímica de todo el Ser. Y así dicta Fray Luis:

Porque se ha de entender que la perfección de todas las cosas, y señaladamente de aquellas que son capaces de entendimiento y razón, consiste en que cada una dellas tenga en sí a todas las otras, y en que siendo una, sea todas cuanto le fuere posible; porque en esto se avezina a Dios, que en sí lo contiene todo. Y cuanto más en esto creciere, tanto se allegará más a él, haciéndosele semejante. La cual semejanza es, si conviene dezirlo así, el pio general de todas las cosas, y el fin y como el blanco adonde embían sus deseos todas las criaturas. Consiste, pues, la perfección de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando todos en mí, y yo en todos los otros, y teniendo yo su ser de todos ellos, y todos y cada uno dellos teniendo el ser mio, se abrace y esclavone toda aquesta máquina del universo, y se reduzca a unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas, se mezclen, y permaneciendo muchas, no lo sean; y para que estendiéndose y como desplegándose delante los ojos la variedad y diversidad, venza y reyne y ponga su silla la unidad sobre todo (Nombres de Cristo, p. 20).

Abad consigue este propósito, cuando por sus pasos contados y por contar, nos conduce a gloria del hombre, asociado a la humanidad de todos los tiempos, en con-vivencia y en amor unánime con todos los seres y, en una palabra, con el Ser. Todo vive con él: las colinas y los valles, el aire y las nubes, los colores y el viento, y vive él, con reclamo de blasones infinitos de eternidad y de gozo inmarcesibles:

A su paso, las colinas cóncavas y los montes hondos doblagan la cerviz, se engalanan con tapices y pintura de flores, hacen aplau-

so, y el eco multiplica sus loores. Así que le ve llegarse, el aire se recuesta y esparce, mueve gracejos y fiesta, y perfuma sus alas con olores de Pancaya. Despacha luego una nube que le haga al rey trono y dosel; ésta vuela con presteza, despliega sus blancas plumas, se engalana con mezclilla de púrpura y de oro, rivaliza con la aurora, mira con desdén las hermosuras del iris, y desdeña la pulcritud y grandeza de los candiles del sol (Abad, XXXVIII,63-73).

Por este mérito, Abad, como poeta del mundo perfecto, es el poeta del Ser y el mayor poeta de la gloria.

6. *Conclusión.* Nuestro poeta dibuja los perfiles de su alma sobre los horizontes matutinos de todas las edades. Su obra seguirá siempre reclamando amor estudioso y estudio amoroso.

Pocos poetas han logrado preciarse de la pulcritud intachable y perfección acabada de su obra, como Abad lo hace con severos términos:

Con toda la diligencia que fue en mi mano, he seguido a los padres de la lengua latina o, como dicen los eruditos, a los autores de la edad de oro y plata, los cuales desde hace treinta años son mi recreo. Si alguna palabra, o la fuerza y significación que le concedo, o la construcción, o un giro cualquiera mueve en alguno cierto escrúpulo de mi incorrección o impulcritud, primero le ruego que no ligeramente y sin consideración dé parecer, y que después me reprenda de mi error, si está cierto de haberlo encontrado; que yo tendré gratitud para quien amigablemente me corrija, y reconoceré mi yerro, y lo desharé gustosísimo (Poema heroico, p. 103).

Y en efecto, ¿qué mayor pulcritud y fino espíritu poético no se aloja en el alma de un vate que sólo por cantar la belleza de todas las cosas se mete a cantar lo más esquivo al consentimiento de un poema, como la balanza romana?:

Mira cuántos y qué ponderosos pesos pesa y mide con la pesilla que pende de su opuesto brazo la balanza romana. Mucho dista la pesa del eje; mas el peso, en comparación, tanto menos dista del eje cuanto mayor es la gravedad del peso, y pesa más éste que la pesa. Y así obra la balanza, por una parte, en razón in-

versa de los pesos y, por la otra, del intervalo y espacio con que ambos se alejan de su eje. Maravillas son éstas, aunque obvias. Todos las usan, los carniceros y los cocineros; pero pocos alcanzan lo que es esta balanza y sus misterios.

¿No será bueno decir que Abad hace poesía de una máquina hidráulica?:

¿Y cuánto más ingenioso no es con una máquina borrar y secar en un lago el sueño quieto de sus aguas? Y esto hace y mucho más la máquina hidráulica: suerbe por su mecánica garganta las aguas que devuelve y trastorna con saltos y ritmo de juego y con brillos de sol (Abad, XVIII,141-160).

Pero Abad no sólo defiende la pulcritud y lindeza de su canto, sino que se propone a sí mismo como el mayor de todos los poetas, ya que ante su *Poema*

La Poesía calla con asombro, y en desfallecidas corrientes fenecen las aguas de Castalia (II,99-100).

Restaurador, como se ha propuesto, de la épica universal (I,28-30), satisfecho de su labor, coloca sobre sus aladares la corona de la gloria inmortal:

Si doy fe a mis ojos, me pareció que, primeramente, la Poesía escuchaba con buen amor mi canto, y desanublaba la cuita de su frente; después cobró huelgo, bajó las manos, y se descubrió la cara; se bañó de gozo, y me dieron sus labios dulces el amor de una sonrisa (XLII,771-775).

